

## IV.

De prisa atravesó Miguel la plaza desierta, para incorporarse á su campamento, en el extremo del pueblo, en la Alameda, donde se hicieron pabellones de armas, formando un cuadro dentro del que la tropa comía y descansaba.

Aquella alameda, poblada de unos cuantos pinos viejos y melancólicos, surcada por algunos caños de agua sucia, con bancas de piedra en su perimetro rectangular, estaba rodeada de algunas casuchas bajas y su aspecto era triste y desolado en extremo.

Los vientos frios de la Sierra doblaban las vetustas ramas que se lamentaban constantemente con sempiterno y monótono quejido.

Solo la llegada de las fuerzas federales había animado el desierto lugar y cerca de los pabellones de armas el cuadro del campamento había afluído una multitud de vendedores de carne, pan, tortillas de harina (*tortias* les decían) gordas, duraznos, manzanas y dulces.

Aquella misma tarde se recogieron á los oficiales sus espadas, dándoles en cambio carabinas Winchester, repetición, de á doce, iguales á las del enemigo. Medida prudente dado el terreno en que se iba á maniobrar y al enemigo que se combatía, que jamás se acercaba y que mientras más lejano, era más temible. Municionóceles con cien cartuchos colocados en dos cananas.

En la noche cuando todos reunidos llegaron á cenar á la fonda tuvieron una noticia de sensación: el teniente coronel Josè M. Ramírez del 11º Batallón que en el combate del día dos fué herido y hecho prisionero en Tomochic, había sido puesto en libertad incondicionalmente.

Aquello era estupendo, inverosímil ¿qué significaba aquella acción en los momentos en que se les preparaba un serio ataque? ¿No podía serles muy útil como rehenes en caso de derrota? ¿Era debilidad ó cobardía?

¡Eso no!

Las noticias que traía el mismo jefe demostraban que estaban más decididos que nunca á esperar el ataque, bien armados y aumentándose su número cada día con los descontentos de los pueblos de la Sierra y los perseguidos por las autoridades políticas y aún los bandidos que como Pedro Chaparro se incorporaban con gente y dinero, á la sola perspectiva del botín. Entonces, no podía ser otra cosa que una manera muy noble y muy digna de arrojar el guante y llamar al adversario.

Los detalles del suceso se comentaban de muy diversas maneras; unos decían que por promesas de dinero; otros que había hablado á Cruz, arrodillándose ante la imagen de la Santa de Cabora y permaneciendo en oración días enteros; que hizo creer milagro de ella su conversión y lo pusieron en libertad para que pregonase el hecho.

La version oficial era que, no pudiendo resistir al trato que se le daba, ni alimentarse con maíz tostado y agua, había llamado á Cruz y le había dicho que lo fusilara pero que no le matara así, que Cruz admirado, le había dado víveres y cuatro hombres armados que lo escoltaron hasta la entrada de Guerrero.

El hecho era que se encontraba allí, viniendo á confirmar las noticias que corrían respecto al aumento serio de los sublevados que se hacían subir á más de trescientos; pero que todo el mundo convenía en que, sin ninguna exageración, cada uno valía por diez. Una corriente de aire helado pasó por aquella atmósfera ardiente de alientos varoniles; algunos palidieron levemente; la conversación decayó; pero lo que más aumentó el desaliento fué que Rendón, Teniente del Estado Mayor contó que el General Márquez no tomaría el mando de la fuerza sino que lo cedería al Gral. Rangel, el cual solo llevaba 'instrucciones vagas de aquel, que permanecería en Guerrero á la expectativa á veinte leguas del teatro de los sucesos.

De suerte que era un General en jefe honorario, un hombre decorativo en los partes de campaña y nada más.

Y en verdad que era inútil la presencia de aquel jefe en la campaña; el telégrafo funcionando hasta la Capital de la República, permitiría al mismo General Diaz ordenar desde su gabinete las operaciones de la pequeña campaña.

¿A qué, pues, mandar encumbrados generales al combate?

Con el General Rangel que ya conocía bien el terreno bastaba para que dirigiese en jefe, llevando precisas instrucciones de su superior.

Así se explicaba aquel Mayor que en la comida razonaba sobre los *tomoches*.

—Además,—agregó—Guerrero es el centro de una base de operaciones en caso de una campaña formal, si se sublevasen, secundando el movimiento de Tomochic, algunos otros pueblos y minerales de la Sierra; entonces la

presencia aquí del General Márquez defendiendo con la fuerza que le quede la plaza, mientras llegaban refuerzos de Chihuahua, sería utilísima. . . . . Abandonar Guerrero sería imperdonable.

—¿Pero que, mi mayor,—preguntó con aire de desden el teniente Torrez, del 9º Batallón, guapo y altivo—sería posible que llegaran á tomar Guerrero?

—Teniendo al frente una persona inteligente y uniendo todos esos malditos ¿porqué no? lo bueno es que como no tienen planes, ni instrucción, se les destroza en un momento, aunque costando muy caro, porque son valientes *como todos los diablos*.

Mientras Cuca muy atareada llevaba platos á los oficiales que ya aseados y cepillados cenaban con mas calma, la conversación seguía un curso serio y tranquilo, sostenida por los mas instruidos mientras los demas cenaban, escuchando en silencio.

Castorena el subteniente chaparro y fornido, de rostro y pelo azafranado, siempre de buen humor, que bebía botellas de tequila con la misma facilidad que improvisaba malas cuartetos que le valían aplausos y copas, echó todo á la broma y comunicó alegría á la reunión. Inició una suscripción para comprar tequila y alquilar una guitarra y cantando y bebiendo, tumultuosos y alegres, salieron todos á la plaza solitaria, donde un cierzo duro y frio doblaba los arbolillos escuetos del zócalo.

Al día siguiente 16, despues de la diana siempre alegre y entusiasta y que comunica al soldado algo como una fuerza galvánica que lo electriza y anima en el despertar alborozado del dia; luego que se repartió el café caliente, que constituía el primer alimento de la tropa, desfilaron

las compañías. sin armas, al río á bañarse y lavar la ropa interior.

Previamente se les había repartido un jabón á cada individuo, y cuando marcharon *por el flanco derecho doblando*, iban muy contentos, haciendo encargos en voz alta á sus *viejas*, conversando y cantando, entre la bruma blanquisea de la mañana, mientras los oficiales á los flancos, encapotados, enrolladas al cuello las bufandas compradas en Chihuahua y caladas las capuchas, cuidaban del orden de la marcha.

Ya ante el río, poco ancho y nada profundo, que pasa al Oeste de la Ciudad, se mandó *romper filas* y los soldados se desbandaron buscando piedras a propósito para lavar la ropa.

Hacia un frío intensísimo y Miguel experimentó la imperiosa necesidad de tomar algo que calentase el estómago, un tanto irritado por el alcohol que había tomado en la noche; tenía además un vago dolor de cabeza y sintió desvanecerse al contemplar la corriente enturbiada por la espuma del jabón; así es que cuando un paisano que fué á dar agua á su caballo le indicó á lo lejos una casucha de adobes aislada del pueblo y en la margen del río, pidió permiso á su capitán Molina de separarse un momento, tiritando, envuelto en su amplio capote y calada la capucha, llegó y preguntó á una vieja que molía en un metate y echaba gordas junto á un gran fuego en medio del humo, si le podían hacer una taza de café que pagaría á cualquier precio. Una voz áspera y ronca de borracho le contestó precipitadamente.

—¡Como no! á ver Julia, un jarro de café, mucho café, bien caliente.... pero.... volando volando con un.... de-

monio! y una frase cruda y obscena terminó el mandato.

Entonces ya más acostumbrado á la obscuridad de la baja estancia pudo distinguir Miguel sobre una ancha cama de madera, entre varios zarapes una cabellera encrespada y una larguísima barba gris que circundaba en sucesos mechones, un rostro cacheton, de nariz curva y ojos enrojecidos y brillantes; en tanto que la figura de una mujercita limpia y airosa se alzó súbitamente del rincón opuesto, atravesó el cuarto, pasó junto á él temblando, con los ojos bajos y junto de la chimenea tomó un jarro que llenó de agua y puso á la lumbre, ante cuyo rojizo fulgor se iluminó su perfil de niña.

El hombre se incorporó señalando un taburete.

—Siéntese, mi jefe—le dijo—y mientras está el café dele á *esa* para el *sotol*. Pero como al oficial no le agradaba este aguardiente de Chihuahua respondió:

—Mejor tequila, no me gusta el *sotol*—y dió un billete de veinticinco centavos á Julia que se acercó tímidamente. Se fijó en ella por la gracia irresistible de la doncellita tan bruscamente maltratada por el viejo. Adivinó vagamente el sufrimiento hondo que albergaba aquella guardada de oso.

Luego recordó con sorpresa y hasta con delicia la *muchacha* que vió en la fonda la vispera y que tanto le había interesado. Era la misma, no le cabía duda ¡que coincidencia!... y que linda era con su enaguilla á cuadros y sus movimientos garbosos.

La vieja, de aspecto estúpido, que molía con regularidad de máquina preguntó al *viejazo* barbón:

—¡Ya se levanta, Don Bernardo! ¡Le llevo las *teguas*! Sin esperar la contestación le llevó el burdo calzado

que usa la gente pobre de Chihuahua.

Don Bernardó se incorporó *resongando* algunas palabras, calzándose con perezosos movimientos las *teguas* en los pies negros y velludos.

Julia llegó con la botella del tequila, y en una taza de *peltre* sirvió el café presentándole à Miguel la taza, la azúcar y la botella.

Sirvió algo de tequila en la taza, muy pensativo, contemplando con un estremecimiento extraño aquella muger de catorce años tan ruborosa y tan linda; pero se quedó estupefacto cuando oyó su voz cadenciosa con ese acento tan dulce de la muger Chihuahuense, preguntar, —Tía ¿no ha visto vd. mi pañuelo? siempre lo pongo al acostarme debajo de la almohada? . . . hoy no lo hallo . . .

¡Cosa estupenda, levantaba la almohada, la misma almohada que recibia la sucia melena de aquel oso ¡imposible! . . . ¡aquella niña tan dulce, la hermosa criatura tan buena, tan casta y graciosa virgen, muger de un monstruo, y borrachon obsceno!

Pero era indudable . . . reconocía sobre el colchón la huella de sus formas redondas y proporcionadas; luego la miró y miró à Don Bernardo que bebia con sorbos estrepitosos su café fuerte cargado de tequila.

En esos momentos ella levantó sus ojos grandes y negros, y su mirada parecía expresar melancolía y resignación, como comprendiendo la fatalidad sombría de su destino.

Miguel, no era un buen mozo; pero era joven, y los movimientos nerviosos de su cuerpo, y la manera altiva con que alzaba su frente espaciosa y blanca, produjeron agrado, atracción y vagos deseos en aquel ser sufrido y callado.

Soñó tal vez con placeres nunca experimentados à la vista de aquel oficial que venia de tan lejos, que hablaba palabras cariñosas y que la miraba con ternura como nadie la había mirado nunca.

Don Bernardo había salido à calentarse al sol à la puerta y contemplaba con mucha curiosidad y con un gesto de desprecio, à la tropa que à lo lejos se veía lavando ó secando la ropa que blanqueaba en la orilla del rio.

—No quiere otra taza? hay más café; todavìa hay en el jarro, dijo Julia llevándole al oficial una taza que él tomó de sus manos temblorosas.

—¿Es su mamá la señora que está moliendo? preguntó. Movió tristemente la cabeza ella y dijo bajando la vista:

—Mi madrastra, señor.

—Ah . . . yo creía . . . ¿entonces, Don Bernardo será su padre?

—Es mi tío, dijo suspirando y encendiéndose el rostro intensamente. Pero—y añadió muy quedo—es tambien . . . es decir . . . no estamos casados . . . porque ella es su muger . . . Y no pudo decir más, sofocada, al relatar con cierta ingenuidad tanta abominación.

¿Qué enredo repugnante era ese?—Se preguntó Miguel—aquella víctima soportando su desgracia en silencio, la pobrecita entregándose pasiva y sumisa, sin goce alguno, al hombre que la maltrataba con despotismo de corsario musulman.

¡Oh infame! ¿El le pega à usted, verdad? Porque no se separa usted de él . . . ¿porqué no habla al jefe político?

Ella se aterrorizó ante la indignación que fulguraron los ojos de Miguel.

—No señor . . . no, mi padre lo manda . . . y mi padre

es santo.... Teresita lo hizo santo.... lo fusilaron y resucitó como Nuestro Señor: figùrese; por eso, no vaya..... porque los matan.... si van.... Cruz va á acabar con todos.... rece mucho.....

—Cómo, ¿pues de donde es usted.... de donde son?...

—Mi tío..... es.... quien sabe.... pero yo soy de Tomóchic.



Los pueblecillos de la Sierra Madre, al Oeste de Chihuahua, vivían en constante alarma por las excursiones barbaras de los apaches y sosteniendo entre los montes y en el fondo de las selvas de pinos, una constante guerra.

Todo el mundo tenía su carabina ó su fusil que los montañeses descolgaban á cada paso para organizar batidas y arrancar á viva fuerza los ganados robados por los feroces indios que tuvieron que ir cediendo lentamente hasta ganar el Norte.

Los de Tomóchic, cacarío situado en el fondo de un valle, y de unos trescientos habitantes, se señalaron por su valor y su audacia.

Pasado el peligro, volvieron á arar la tierra, á cuidar sus reces y á tomar patriarcalmente el sol á la puerta de sus cascas, limpiando sus carabinas y engrasando los cartuchos. Eran libres, pagaban muy contentos sus impuestos cuando los empleados del gobierno de su Distrito iban á cobrar; oían misa cada tres ó cuatro semanas que llegaba en su robusta mula, el cura que en dos por tres despachaba, arreglaba algunos asuntos económicos, confesaba á alguna muchacha y al día siguiente se marchaba.

Calma profunda; aislamiento completo; una tribu desconocida en el centro del Africa. Ni un rayo de civilización sobre aquel pueblo trabajador y valiente. No había escuela, ni botica. El que se enfermaba se moría sin nin-

gùn auxilio. Se le enterraba y se ponía una cruz de madera sobre su sepulcro en el cementerio del pueblo, pequeño y cercado de piedras amontonadas.

Los ricachos del lugar eran enterrados en el atrio de la única iglesia, la que á su lado tenía un convento fundado durante el gobierno colonial por los misioneros jesuitas que se establecieron en esa parte de la Sierra cuando se empezaron á explotar sus ricos minerales.

Aquel pueblo perdido en la República, ignorado y oscuro fué abandonado por su aparente insignificancia por el gobierno del Estado de Chihuahua y por el eclesiástico sin que ni uno ni otro, sin ilustrarlo dejase de cobrar los impuestos.

De repente una ráfaga de fanatismo religioso sopla y el nombre de la Santa de Cabora es pronunciado con veneración y sus milagros narrados de mil maneras exagerándolos.

Los viajeros que de Sonora pasaban por Tomochic contaron maravillas y los mismos Tomochitecos que con sus *recuas* se dirigian á ese Estado volvian como de una venerada Meca.

Entonces la efervescencia comprimida de aquel pueblo se resolvió en fervor religioso y político, que mal dirigido y sin cauce alguno se desbordó y estalló en explosión de volcán.

Un incidente aumentó el disgusto contra el Gobierno: Habiendo el Gobernador, Lauro Carrillo, pasado por Tomochic, visitó la iglesia y enamorado de la magnificencia y real mérito de algunos cuadros trató de llevárselos para Chihuahua; pero aquella gente altanera y valiente, al saberlo se indignó á tal punto que el Gobernador tuvo

que dejar los cuadros en sus sitios.

Desde entonces el gobierno y sus empleados fueron considerados como enemigos por impíos é hijos de Lucifer.

Para colmo de males y para precipitar los acontecimientos, cierta autoridad de Guerrero al verificar una diligencia judicial en el pueblo, aprovechando algunas circunstancias, abusó del candor de una joven serrana, dejándola en cinta.

La mina estaba cargada y la mecha preparada; no tardó en llegar la chispa.

Se supo que en los pueblos vecinos se había declarado santo á José Carranza nacido en Tomochic, el cual pensaba residir en el pueblo natal para hacerlo feliz.

Naturalmente los animos se exitaron y el entusiasmo fué general, esperandose con impaciencia la llegada de San José.

La mas notable familia era la de los Chavez, que en realidad eran los que dominaban el pueblo por ese ascendiente irresistible que en todas partes tienen el talento y la fuerza, unidos á la ambicion de mando.

Los tres Chavez salieron á recibir al San José un Sábado.

El viejo llegó con Mariana su mujer, acompañado de su hermano Bernardo, que con carabina á la espalda, lo seguía proclamándose soldado de Jesucristo.

Al día siguiente, domingo, hubo misa, llevándose á la Iglesia al santo en devota procesión. Terminada la ceremonia, el cura, que traía instrucciones de arrojar al santo y prohibir á aquellas gentes seguir en tan extrañas ideas, los exhortó, regañándoles con dureza y echándoles en cara su estupidez. Aquel pueblo, orgulloso por naturaleza,

protestó escandalosamente, y Cruz Chávez, muy popular y muy querido, y que hasta entonces les reprochaba sus exaltaciones místicas, tuvo un arranque que nadie esperaba y llegando hasta el púlpito le gritó:

—En el nombre del gran poder de Dios, yo, que soy policía de su Divina Magestad, te echo.

—¡Que muera!

—Sí, sí. . . . afuera, gritaron todos, contaminados y exasperados por la rudísima alocución del cura.

En vano, este trató de calmarlos, todo fué inútil y tuvo que salir precipitadamente, huyendo à Guerrero, anatematizando à los extraviados.

Aquella misma tarde hubo una seria conferencia entre Cruz y Bernardo, hermano de San José.

La familia de Chávez era numerosa y de gran ascendiente en el pueblo, sobre todo Cruz, de treinta y cinco años de edad, alto, fornido, de barba negra y poblada encuadrando un rostro bronceado, de mirada dura y altiva. Se imponía por su acento de mando y su audacia tan grande como su ambición.

Bernardo, à los diez y ocho años había desaparecido del pueblo robando algunos pesos à los Medrano, ricachos del lugar; había vuelto varias veces, pero no era aceptado por sus incorregibles borracheras. Su hermano, un hombre bonachon y estúpido, que tenía algunos terrenitos, le daba siempre hospitalidad, la que pagaba robándole algo. Julia, hija de éste, había sido mandada à Chihuahua con su padrino, de quien él fué peón cerca de Cusihiuriachic, en una hacienda de su propiedad.

En la crisis de aquella exaltación religiosa fué contagiado el viejo en Cusihiuriachic, abandonó sus tierras y su

mujer y se lanzó à Cabora, donde Teresa le curó de un tumor y le dijo sonriendo que se parecía à San José. Una criada de la casa de Urrea que oyó algunas palabras, pregonó que era el mismo San José, y algunos días más tarde, el viejo estúpido, convencido ingenuamente de que no era otra persona sino el santo, resucitado por Dios, y que debía predicar y hacer feliz al mundo, se puso en oración y en penitencia constantemente, ayunó y ¡cosa increíble! mandó llamar à Bernardo y le entregó sus terrenos de Tomochic y . . . su mujer, con quien había casado por segunda vez y que pasó à serlo de su hermano.

Este y Cruz, aquel domingo memorable, convinieron hacer en Tomochic la nueva reforma, en lugar sagrado adonde todo el mundo peregrinase; se haría de su sobrina Julia una virgen milagrosísima; enarbolaría esta bandera “¡Viva el poder de Dios y mueran los hijos de lucifer!”

Tendrían santos vivos y carabina en mano, y pasearían por todo Chihuahua su doctrina.

Corrieron los días y ni un espíritu sereno llevó la luz, ni un maestro ilustró, ni un misionero de la verdadera religión predicó à los ilusos; mientras que las autoridades políticas también se ausentaban. La pequeña Julia también fué devuelta à su padre en tanto que los Chávez, que habían fletado mulas, viajaban por Sonora vendían cargamento y acémilas y compraban en la frontera carabinas Winchester de à doce y diez y ocho.

El encargado de la conducta del mineral de “Pinos altos” à Chihuahua, cuyo camino pasa por Tomochic, temió por su seguridad y comunicó seriamente al gobierno la actitud belicosa del pueblo y mientras tanto evitó pasar por él dando un gran rodeo por la sierra. Pero aquellos alti-

vos montañeses no eran bandidos vulgares y requirieron al conductor asegurándole que no temiese nada.

Se envió al fin un destacamento del 11º Batallón que estuviese á la expectativa y contuviese cualquiera intento en tanto que tratóse al fin de calmarlos; pero los abusos de aquella fuerza los irritaron y en definitiva no hubo más que sorda cólera que estallarí en cuando se creyesen fuertes. Calmados algùn tanto los ànimos se retiró el destacamento sin que se arreglase nada en definitiva. Pero los Chávez regesan, proveen de municiones, carabinas y ropa al pueblo; se apoderan de maiz y reses de un rico hacendado á quien todos odiaban, exitan y proclaman el augusto lema de religión é independéncia y electrizan de nuevo á los sencillos habitantes, resolviendo oficialmente que no reconocerían más amo que Dios de quienes eran enviados; que solo en el caso que se fusilara á todos los que les habían hecho daño è insultado, entre ellos el Jefe político de Guerrero, se sujetarían.

Entonces fué cuando Cruz tomó sus primeras medidas de defensa enviando gente de su confianza á levantar los pueblos cercanos haciendo un llamamiento, él, *Papa máximo*, á los que quisieran ganar la gloria y defender el poder de Dios.

A Bernardo lo tenía siempre fuera del pueblo porque daba mal ejemplo con sus vicios, rarísimos en la sobriedad general; pero le tenía miedo porque sabía que era un terrible bandido; al mismo tiempo, no obstante, pensaba utilizarlo para que reclutase gente entre los de su calaña, perseguidos y hambrientos. Lo mandó por último á Guerrero con Mariana y Julia; quedándose con él, San José, embrutecido aún más, por el sotol que se le había ense-

ñado á tomar, con el objeto de espiar las disposiciones militares del gobierno en aquel punto situado en la entrada de la Sierra, base necesarísima de toda operación militar sería.

La noche, vispera de la partida, Cruz dispuso una peregrinación de los suyos, escoltando al nuevo San José por los pueblitos cercanos, mientras varios soldados de Dios recibieron á los filiados últimamente.

El viejo idiota, sujestionado por su hermano, llamó á su mujer y á su hija; les habló de Dios su hijo, y de la otra vida.

—Ya no son mi familia; mi muger es la virgen María les dijo; pero obedecerán á mi hermano; los tres serán esposos para que yo sea el Padre de la Stsima. Trinidad; tú el Padre y señaló á Bernardo; tú la hija y tú el Espíritu Santo é indicó á las dos mujeres. (1)

Fuè aquella noche, la noche lúgubre del atentado salvaje, del atropellamiento de la virgen tierna, la caída del angel, la inmoliación de la niña en aras de estúpido fanatismo.

(1) rigurosamente histórico.